

HACIA EL DOLOR DE LOS ALMENDROS

Óscar Casado Díaz



Hacia el dolor de los almendros

Óscar Casado Díaz

Prólogo a la segunda edición

Este libro fue publicado por primera vez en 1995: era mi bautismo de fuego como autor novato y editor primerizo. Recogía una selección de mi poesía desde los once años hasta, prácticamente, el momento de entregar el libro a la imprenta. Resulta fácil conjeturar que la mayor parte de lo que sigue fue escrito en los últimos meses antes de su publicación. Aquella fue una autoedición plagada de dificultades a la que Javi y yo nos entregamos con una dedicación intensa y absoluta. Muchos de sus errores son apreciables; pero creo haber acertado en los riesgos que asumí entonces.

Ha pasado mucho tiempo; por suerte ha cambiado la visión que tengo de la literatura, de la poesía, de la vida y de la muerte, de todo lo que me rodea y de mí mismo. Tras decidirme a ofrecer una segunda edición, he pensado mucho en si debía reelaborar enteramente los poemas con mi actual concepción estética o mantenerlos en su estado original. Aun sabiendo que lo más fácil era renegar de lo escrito, opté por el camino menos transitado. Ese camino es el que ahora te presento.

El único cambio destacable respecto a la edición de 1995 es tipográfico (especialmente el hecho de prescindir de los numerosos tipos de letra de la primera edición); el cuerpo original, salvo la corrección de alguna errata, no ha sufrido modificaciones. Los avances tecnológicos me han inclinado a abandonar el papel y a abandonarme a otros nuevos canales. La posibilidad de rebelarse ante la inaceptable mercantilización de la cultura junto con la opción que, en ese

sentido, me brinda la licencia *creative commons* acaso otorguen una mayor libertad de difusión y de lectura.

Da miedo enfrentarse al pasado; pero lo que yo enseñé a mis alumnas y alumnos, si es que enseñé algo, es que no deben renunciar nunca a sus errores. A lo largo de mi vida he cometido muchos; sin embargo, si renunciase a este libro, creo que me estaría traicionando a mí mismo. Asumo que los miedos se presentan para vencernos y aumentar nuestros límites.

Me he encontrado en los libros para descubrir que soy lo que he leído. En los libros que ardieron y arderán en el tiempo y en la memoria se encuentra la voz de los muertos. Una voz latente que me habla, que pugna por expresarse, por sobrevivir.

No estoy seguro, pero si he sido alguna vez, si he perdurado en algún instante, si he estado vivo, quiero creer que he podido permanecer en cada uno de mis textos, huellas vitales, propias y ajenas, lejanas, duraderas; acaso sean textos que me sobrevivan y, como a Montag, me recuerden que alguna vez pude escapar de entre los muertos.

Han pasado trece años; sin embargo, he descubierto que sigue siendo un placer reencontrarse, de nuevo, con los fantasmas del pasado.

Óscar Casado Díaz

NO LEAS SIN LEERLO

A lo largo de mi vida, he ido creando poemas, uno tras otro, sin tener un motivo real para hacerlo, sin saber por qué hacerlo, tan solo porque sentía que eran complementarios a mi vida, a mí mismo, y que así gozaba de una posibilidad sin límites para satisfacer mis enormes necesidades expresivas. Según fui creciendo, fui tomando una noción más clara de lo que significaba la poesía en mi vida y lo que yo quería de ella, y, por qué no, de lo que quería ella de mí. Durante mucho tiempo busqué una forma de expresión propia, encontrar y pulir mi propio lenguaje poético, buscar nuevos caminos, hallar una correspondencia lírica entre lo que siento y lo que escribo. Ha sido un proceso de diez largos años, donde los resultados puedes recibirlos ahora.

El libro, en un principio, recoge una muestra de lo escrito en este período, que hoy concluye. Pero más que una simple recopilación de poemas, este poemario ha sido ordenado y estructurado; lo primero, para facilitarte la tarea de leerlo (tarea bastante difícil sin tener unas orientaciones); lo segundo, para que el libro tenga consistencia más allá de los poemas individuales, adquiriendo una fuerza propia en la que pueda observarse desde una múltiple perspectiva, tanto en la visión en conjunto como en su estructuración y en los propios poemas (siempre primando eso último).

Esta obra se apoya en los puntos cardinales, allí de donde viene todo lo creado, en la frontera de la vida, del amor, del dolor y de la muerte. En estos cuatro vientos se reparten los poemas, aunque en realidad cada poema vaya

más allá de su propio límite temático y luche entre las cuatro direcciones con identidad propia. Pero salte del camino, para que tu corazón busque el significado oculto que cada verso encierra.

Sólo me queda por desear, si de alguna forma puedo hacerlo, que no busques comprender con claridad cada poema ni cada verso; porque los sentimientos no son dados para ser pensados, sino para sentirlos y vivirlos. Que las imágenes, que las palabras, sugieran en tu mente algo, que te acerquen a mí y a ti mismo, que te produzcan sentimientos. Quizás ahí, permanezcamos unidos, sin saber cómo ni cuando, sin importar dónde.

La poesía no leer como si fuese una novela. No lo olvides, aunque la finalidad de todo arte, de toda literatura, de todo estilo, no sea tan distinta.

Quizás la poesía la poesía yo debatiéndome entre las formas de la palabra; y en el conjunto de todo lo vivido, lo más fiel a mí, lo más importante sin duda, son esos pequeños momentos del sentir que van salpicando mi existencia y que ninguna persona ni ninguna biografía pueden recoger y que en estos versos quedan esbozados, atrapados en el tiempo, —¿Que qué es de lo que soy si se puede ser? No busques en estos versos otra cosa que no sea un mortal. Porque qué soy sino un hombre que llora, que ama, que ama, que vive y muere.

Quiero agradecer a aquellos que me quieren el apoyo, muchas veces de silencio, que me muestran. ¿Qué otra cosa se puede hacer ante un poema? También a aquellos que me sufren y me lloran. A Javi, sin él este libro sería distinto; peor, sin duda alguna; pero sobre todo, por el amor que nos une en tantos buenos y malos momentos. Y, cómo no, a ese duende que ha entrado en este ocaso de mi vida, que corretea por mi sangre de un lado a otro y que me sorprende y embruja infinitamente cada día. Tú me enseñas a amar y vivir, y a ti te canto.

Lector ya sé quién eres,
y ahora te toca a ti sufrirme.

Hacia el dolor de los almendros

A mi abuelo

Poema 0

Deseo contar esta parte de mí y de él, y así susurrarte, en tu soledad, el inmenso sentimiento que poseo. No sé si él se ha apoderado de mi silencio; pero dos urracas, bellas en el día amenazante de tormenta, han venido a posarse sobre estas hojas blancas. Yo las eternizo, mientras espero que sus espíritus me acerquen en su vuelo a la leyenda, a los paisajes, a los sentimientos de los seres vivos que en mi existencia quedan recogidos.

Viento del Este

Cruz de Sangre

I

Cometimos el gran error de hacer caso a un niño,
cuando la razón estaba de su lado. Sí, de su lado.
En sus manos llevaba un crucifijo.

Cometimos la amargura de sentir amor entre el cemento,
y todo cayó bajo el signo de la luna.
Fuego y tierra se callaron.

Nos perseguimos como sombras en la noche,
temerosos y asustados; arco de letal melodía.

Siempre un ángel negro siguió mis pasos.
Fue él el único que acercó la rosa negra ante mi tumba.

II

Cruz de sangre sin horizonte ni sentido.
Marchan en vuelo dolorido bandadas de pájaros oscuros
a las catedrales abandonadas en otras primaveras.
Pero este año no caerán las hojas secas que se llevaba el viento;
pero sí habrá nubes de tormenta y recuerdos envueltos en nostalgia.
Cielos plateados; cielos sin entrañas ni caminos. Hojas secas
que se hunden en remolinos hacia las cornisas de madera amarga.
Llegan sin avisar del corazón más escondido de la tarde.

El pórtico se abre en trazos sueltos, encendido en tinta negra.
El gris de la tarde ya no acecha, el viento pasajero
se agarra a la oscuridad eterna que yace milenaria.
Agua emana en destellos de rostros asustados, y, sin embargo,
el frío se muestra en un silencio afianzado a la tragedia ya pasada;
la tragedia que cubre con llanto los esqueletos de los gorriones no nacidos.
La mujer guardó sus lágrimas de tristeza en un tarro de galletas.

Cazando sentidos más allá del fuego verde sin retorno.

Hijos sin madre ni lamentos son perseguidos en la noche
bajo los cristales fugitivos que parten el miedo oblicuo.
Árboles danzan sobre el viento en visiones de voces moribundas.
¡Látigos de acero marcando mil tierras deshojadas!
Sin lluvia, los caracoles mueren bajo la música apagada de la vida,
del cansancio del ciego rugir del tren en la lejana vía oxidada.
Nubes bajas, grises, contra las caricias del recuerdo.
Ninguna oración para el moribundo.
Ningún canto de valkirias.

Cruz de sangre. Sin horizonte. Sin sentido.

III

Lanzados al secreto de los elefantes muertos,
sin alma, sin hogar, sin amor ni dolor.
Atrapados en los ojos sigilosos de los gatos,
como semillas sin recuerdos, sin entrañas.
Sin embargo, en las flores sangrientas de las nubes,
los aullidos retornan con mirada de oscuridad.
¿Qué ocurre? ¿Quién se lamenta?
Burbujas que se desangran en cuerpos sin vida.
Tú, que me hablas en sueños de mentiras,
pesadillas infinitas de sufrimiento y muerte;
tú, que lloras en mi vida sin lamentos;
tú, que naciste en la muerte de mis días;
permanece en mi dolor, en mis sombras...
Todo muere desde el tiempo que se extiende ante mis dedos,
prolongaciones del espíritu que se apartan de mi alma,
de mi hogar, de mi amor y dolor.
No lloran los edificios partidos por tu hacha.
No extraño el frío del enfermizo brazo.

Lluvia negra en los ojos de la noche.
Huellas profundas que nunca borrarán los escarabajos.

IV

El cielo apartó de mí su canto;
sí, el canto de los gorriones verdes.
Creo que fue entonces el sueño del hombre que llora,
guardando en sus alas las eternas estrellas azules.
No entiendo su sentido ni cómo nadaba bajo el hielo,
apartado de los últimos silencios glaciares.
Dormí por siempre en pesadillas dulces
rodeado bajo el nido de amapolas.
Nos buscamos sin retorno en la tenue sombra
que llevaba la tarde con un velo blanco.
Llamé. Oí. Abracé un cuerpo propio
sin buscar un sentido pleno a sus palabras.
Todo nadaba en plumas de un azul brillante,
releyendo al hombre ahogado. Amanecí
sosegado. Arañé mis ojos frente al espejo
mientras el canto de los gorriones verdes
nacía en mi llanto apartando el cielo.

V

Al volver allí
me di cuenta de que la verdad
no era aquella palabra que ellos habían usado antes.
Se trataba de una muerte más humana,
donde el dolor o el amor
perdían importancia
para renacer en un canto sagrado
sólo conocido por el destello del rayo
o el rugir del trueno
al estremecerse la montaña.

Temblando en tu cuerpo

I

Llanto en la oscuridad.

Es como un temblor fijo de ramas agolpadas
cayendo como cianuro en el filo custodiado de un cuchillo.
Sí, son como vasos arrojados por aguas negras
que rompen la sed de los silencios vagabundos.

¿Qué serás cuando la enfermedad regrese?

Me hablas del dolor de la esperanza.
Yo también conozco una celda paralela
donde mi rostro arde, donde me consumo en el tormento
de sentir los ojos del lobo en mi frente.

Láminas de agua.

Caminan destrozados.
Son como garras de águila truncadas.
Son como esquinas de madera muerta.
Son como tú y yo
aquel atardecer que nos creímos jóvenes.

¿Qué serás cuando la enfermedad acabe?

II

No. No llorarán los barcos vacíos,
porque aquel a quien tú buscas
partió su alma en los bosques de mi sueño.
No tomarán tus labios los llanos consumidos,
porque tu llanto es el gemido que se pierde
en el dolor del horizonte cerrado.

No tomarás su mano, como no atreviste tu destino.
Pero cuando tú nazcas, morirán cien perros dulces,
aquellos que mordieron un recuerdo.

Claros de oscuros en el mismo ruido acompasado.
Tu nombre se borró, no recuerdo cómo,
bajo la luz azulada de mis cenizas.
El polvo que nevaba dejó un hielo
en los brazos de los árboles.
Tú miraste la luz, y te dio miedo.

Yo tomaré tu mano, antes de que hayas nacido,
aquí, bajo los dientes de león y margaritas asustadas.
Entonces mi nombre se sellará en secreto bajo tus labios
y el sabor amargo abrirá tu cuerpo desnudo.

Retornará mi llanto a la marea
antes de que el sol cubra mi pelo;
lloverás en la triste primavera
mientras tus ojos miran el interior del lúgubre deseo.

Y yo, sin nombre,
te miraré desnuda,
contemplando el cielo de tus ojos,
incubando tu semilla en el silencio.

III

Los perros ladran mi nombre bajo la luna.
Ahora voy con paso firme hacia su encuentro.
Ahora vengo con la herida profunda
que existe sin mí dentro de mí mismo.

Algo se desgarrar
en el inefable dolor que nace de mi sombra.
Anhele un cielo cristalino donde la noche llegue tímida
con estrellas errantes y un lejano murmurar de voces.
Allí estaré yo, de una u otra forma,
mirando el alma de la luna llena.

Olor de invierno y olor de primavera.

Bésame con silencio,
porque con silencio vivo cada día.
Muéstrame tu inocencia arcana
antes de que quede sepultado en el granito.

Allí estaré yo, de una u otra forma,
con ojos de luna llena y alma herida...
o alma muerta.

IV

No creo en la luz que se apodera de mi vida
una y otra vez, plena de azul y de deseo.
El tiempo se diluye
como fuego apagado
que lame la mejilla de esta tierra árida.

Veo a una madre
buscando ebria una moneda
entre los cadáveres mutilados de sus hijos.

¿De qué se trata?

Un mar, un preso, un lago.
Rostro asesino de la visión ahogada.
Aquel dolor que tuve entonces.

V

He querido herir al sol con mi sangre
y ahora vuelvo del abismo.

Nube, viento, mar, espacio

Mientras ella dibujaba su experiencia,
se apartaba en tenues notas musicales.
Ella no era divina entonces,
aunque quizás nunca lo fue,
o acaso lo había sido antes
Yo desgarré su imagen
con tanta dolencia
que tu color de enfermo
me llevará sin rumbo
a vagar entre tus letras.

He querido. He buscado.
Amo la luz de las tinieblas y las sombras de la luz.
Amo el dolor de los matices y lo azulado de la sangre,
roja, cobriza, llena de crepúsculo y pasión íntegra.

Soy innato en ti; innato en ella.

Nube, viento, mar, espacio

Los cabellos esparcidos entre los caballos blancos
son crines que brotan como brisas de una espada.
No caen colores sobre ningún lienzo,
porque ella es divina.
Abismo de mí mismo y de mi pacto.

Si ella clamase su tono pálido.
Si ella arrancase las manzanas del espliego.
Si ella gustase del agua y del fuego
como dolor eterno consagrado.

Pero yo no soy innato en ti.
Ahora, el abismo se abre y se cierra.
No sé si vuelvo, como retorno infatigable,
o lloro en el océano de una lágrima marinera;
sí, tuya.

Sí, de ella.

Nube, viento, mar, espacio.

Algo

I

Lluvia de honor y de cautela.

No hay carretera allí de donde vengo.
No hay ríos donde ver reflejada la luna.
No hay firmamento dentro de cada estrella.

Luna de voz oculta
deja tus lagunas sobre el río.

II

Yo he visto la luz de las estrellas indias.
El vuelo del águila corre a mi lado,
a través del viento, robando las almas de los perdidos.

Yo soy arroyo, piedra, árbol, lobo.
Dos ciervos me temen en luna creciente.
El oso me busca en su venganza.
De mi aullido sangra la tierra.

¡Venid a mí, espíritus de la tormenta!

La noche abre sus cámaras
al hambre legendaria que bebe en los siglos,
y es en el cementerio sagrado
donde el búfalo blanco pasta el musgo
que crece en los huesos de mis antepasados.

III

Te invito a un canto de tristeza,
por ti, por mí, por aquellos que murieron.
También he visto a un ladrón robar el alma de un piano;
notas graves y dolor agudo.
Todo entre corcheas de porcelana china
que se escurrían por los muebles
como sonámbulas de pacharán y moras.

De niño pensé en tu cuerpo desnudo
que era como un regalo de atracción y pecado.
Pero al besarme otro día,
con caricias de vinagre,
al sonido de la alianza tierna,
no supe comprender el lazo negro de mi vida
y corrí en busca de un mar de promesas
donde alargar tu visión ensangrentada.

Nadie fue detrás de mí, y me sentí solo.

En tu mar ya no hay barcos
ni rocas ni peces ni agua ni vacío.
Solo veo dibujos de mi mano
que no llegué a pintar nunca.

IV

Apartó sin razón alguna las palabras de mis letras
y devoró con sus manos los papeles de mis cartas.
El amor es algo que queda enterrado
cuando llega la mañana del día de los difuntos.

Come y bebe
la tinta barata que su Dios le cede
con pájaros monótonos que no vuelan.

Todo yo me aparto del diccionario viejo
que reside en la luz de la farola de la calle Nueve.
No hay luz; la noche está borrosa.
Mil cartas de amor emigran hacia África.

V

Todo lo que vimos en el atardecer de los años
lo perdimos en un día
en el escarpado vagar del verde en los olivares.
Si aquella vez me hubieses visto
sujetando los ojos del cielo con dos amapolas,
no hubieses perdido el valor
que ataba tu vida a las marionetas de los pájaros.
Aquello fue en un momento,
y aunque no lo recuerdes
te llenó la boca de la ceniza árida que vive en los caminos quemados con
petróleo.

No bebes de mi calor, y yo me realzo sobre tu pecho
en el curso sencillo del eclipse marino.
No bebes sin el baño de leche de murciélago
que da a tu piel el dolor del beso del alacrán sin nido.

Lo que vimos
ha fallecido.
Tú, ahora, me dices que se trata de un juego,
donde yo no sé si gano, si pierdo
o si soy la carta marcada de tu deseo maligno.

VI

Algo.

Cierra la puerta y mete tu conciencia dentro de las piedras de este muro,
yo lo hice y los padres lo hicieron conmigo.
Allí quedó sepultado todo un microcosmos que lucha y hiere y sobrevive,
bajo los lentos sonidos de pasos del tiempo en el reloj parado.
Miré y no vi. Alcanzaste mi ropa tendida sobre el suelo
como espejismo de pasión salvaje dentro de mi cuna,
para comprobar que debajo no había sexo ni carne ni alma,
sino huesos de acero oxidado y olor invisible.
También tú eres invisible,
e incluso, después de épocas vagando, ella sea invisible.
No la conozco, esa es la verdad;
pero nuestros destinos estaban unidos antes de que nacieran nuestros padres.
Algo nos une. El libre dolor del fuego de la vela
es lo mismo que la sangre que brota de los ojos de las imágenes sagradas.
Lo sé por ella, que no habla, cánticos sin vocales, yemas de papel fino.
Dos colinas cuando te pregunto, cuando cierras la puerta,
cuando atraviesas el muro que tu niñez de guerra formó al morir tu hermano
asesinado en la alambrada.
Espinas de acero para cobijar su alma.

Ella eso no lo sabe.

Quizás tampoco sepa que hay algo que nos une
y que nos llevará, en su momento, a la muerte.

VII

Nadie pudo decirme donde se encontraba,
pero supe mucho después que algo mío le pertenecía.
Recorrí siglos de caminos y polen de siluetas escondidas,
mandé llorar a la vieja mirada de la luna.
Años pasaron y el vacío circulaba en mis entrañas,
como el hijo no querido, amamantado con la sangre.
Una tarde triste de triste paisaje
alguien se sentó cerca de la hoguera.

Yo soy la "a" del femenino

Huele a invierno en la ciudad,
en el paisaje que teje líneas con un lápiz sin punta.

Vuelve su mirada de azul cielo
y tu llanto de sirena en la oscuridad marina.

Una inmensa soledad me invade.

¿Recuerdas como deslizabas tu puñal sobre mi pecho?
Era entonces, como el lobo herido,
cuanto te buscaba en el calor de los lamentos
y odiaba tu nombre en el secreto de las amapolas.
Tú me mirabas y sonreías tierna.
Y yo después lloraba amargamente.

El ataúd se cierra,
se le ve caer en el abismo de la tumba.
Ya no quedan velas encendidas,
sino otras que no brillarán nunca.

Sacramento de muerte.
Sacramento de escultura fría.

Todo eleva su canto misceláneo.

Al mirar el cementerio, solo escucho la quietud viva.
Las almas duermen en otros paraísos no celestes.
Un sentimiento sin luz ni tristeza, un sentimiento de lluvia
penetra en mi interior atravesando secretos ilegibles.
No llego a comprender como se responden mis preguntas
ni si retorno a otra vida distinta no vivida.
Ciervos, grajos, nieves que aun no han llegado:
Todo forma parte de mí; yo formo parte de un todo.
Pero no puedo volver sobre mis pasos
y sentarme en el granito. Esa es la diferencia.
Mi dolor es mi dolor.
Mi sangre es mi sangre.
Mis dedos son del amor oscuro
y de la noche de deseo.

Sacramento de muerte.
Sacramento de sangre fría

Una cruz celta me llama sobre la tierra
La contemplo y miro su pregunta de caos
y de fuego y agua contenidos.
Aquel beso frío que rozó mis piernas
se esconde asustado ante la sublime herencia que no veo,
que no puedo encontrar bajo esta tierra oscura,
ciega de mí y de sí misma.

Pero yo puedo volver sobre mis pasos,
y gritar, y sentir la inmensa soledad que invade,
y llorar bajo la luna, cerca del lago, y grabar mi nombre
como si fuese uno más de aquellos
que llevaron su vida a una cárcel de latidos.

Yo soy la "a" del femenino.
Antes que sacramento vivo de amor o pena.
Antes que cualquier otra cosa.

El agua azul, la tierra blanca, el viento amargo.
Su piel es el olor de la canela
y un sonido bebe de tus ojos lazos de criaturas.
La tierra recorre mi dolor y lo hace suyo.
El viento llama como ángel de silencio.

La entrada en el panteón secreto.

El amor y la muerte son hermanos.

Un unicornio muere
gritando entre los espinos.

Ayer me escuchabas con el espesor de tus relatos:
Ahora me dices que el mar ya no es el mar
y, sin embargo, la savia corre en las cañerías de los colegios,
donde nunca tu visión no fue sino otra cosa.
Yo vuelvo a mi perpetua naturaleza,
variando las hojas de libros infernales
y encuentro entre las huellas
que dejan las puntas de tus dedos
una "a" sin promesas que no cumplimos.

No quiero llorar,
mi blanca luz.
Te escondes en una brisa oscura como el abismo.

Yo soy la "a" del femenino.

Viento del Sur

El Nombre

I

Cuando la luna llueve sobre tu nombre blanco
y el aire toma forma de cristal,
todas las rosas feas palpitan sin rumbo hacia la muerte.

II

Un cielo azulado hiere mis manos;
un cielo de ceniza, un cielo de barro.

Un silencio vacío escala, sin espera, hacia el llanto más agudo.
Veo lágrimas que recuerdan ríos de montañas
donde yace la sangre de mis antepasados.
Yo me alejo, porque sentí la sangre inundar mi alma,
y la piel de ciervo latía como el fuego en mis pulmones,
y la tarde moría bajo la mirada de las estrellas negras.
Yo partí con la luz de la tarde que avanzaba hacia la muerte.
¡Yo estaba muerto!;
y los sentidos ocultos estaban destruidos.

Será entonces, al notar el viento milenario,
cuando mi espíritu se expandirá ante tus ojos,
bajo la mirada sabia del niño muerto,
bajo la brisa herida del ángel que llora.

III

Aquella parte de mí
que se perdió en tus ojos;
aquella parte de ti
que nunca sabré como se llama.
A eso que los dos gritamos,
y nunca decimos nada.
A un camino de hojas secas,
a un aullido entre las llamas.
Dime cuál es la promesa;

los dos sabemos que es nada.
Un llanto que se pierde entre la lluvia.
Un beso que me acerca a las palabras.
Llámame en lo más profundo de la noche,
y no me digas nada.

Quizás abrace entonces tu llamada.

IV

Atravesé la niebla de lamentos,
solitario, al igual que el ciprés de la colina,
pero todo quedó tras de mí,
al igual que quedé yo,
cubierto de fango
sin pétalos de salvia que me diesen
el olor sagrado que lleva tu nombre.

V

Miraré desde aquella colina hacia el pasado,
en el árbol solitario, casi sin vida,
mostrando el aura silenciosa del ocaso.

Cerraré los ojos con la lluvia de la tarde
y en la hierba fresca buscaré tu nombre.
Lágrimas de amor color ceniza.

VI

Me pregunto dónde estás
y dos gorriones me hablan de mi muerte.

*Quizás yo también te busque,
ahora que ya no existo.*

Un arañazo débil penetra mi corazón dormido
y sangra la sombra inmóvil de mi alma caduca.
¡Si viese tu rostro y sintiese la seda entre mis manos!
Nadie soy yo porque yo no soy nadie.
Veo mi mirada recorriendo las calles
pidiendo limosna en la puerta de la iglesia,
durmiendo en un banco cercano al estanque.
Mi pelo de luz y sombra se enreda en la voz triste
que hace brotar las hojas de los árboles en primavera.

*Quizás yo también te busco,
sin esperar encontrarte.*

Los vasos con agua se llenan de esperanzas vacías.
Yo también lloro, pero solo a veces, cuando la noche calla;
cuando los ratones de arena me hacen compañía.
No quiero saber dónde estás, aunque me importe,
y aunque los gorriones ya se han ido
yo dejé de buscarte; paloma muerta y cielo oscuro.
Te recuerdo, sin amarte ni conocerte, sabiendo que quedo solo.

VII

Pájaros de muerte anidan en los ojos de los lobos,
y también hay belleza en la piel del oso herido.
Todo lo guarda la montaña bajo el cielo gris de duda
que aguarda en las raíces de las rocas mis palabras.

Junto al sauce, un ciervo espera mi llegada.

Antes de que el vencejo quedara atrapado
del pasado en los hilos de la lluvia
y tu noche me llevase a los límites lejanos
que las sombras de la ciudad bordean,
descubrirías en mis rodillas heladas
el gozo secreto de tu voluntad marchita.

Porque ahora existe entre nosotros
un silencio de ceniza débil
al que no puedo poner nombre.
Y tu voz se me hace lejana
bajo el murmullo de las hojas de los árboles.
No quiero la hierba que crece sobre el mar
ni el mal de tu tiempo
en mi piel sedienta.

No deseo que mueras bajo la lluvia,
como lo hice yo, cuando tu amor se acabe.

Junto al sauce, un ciervo espera mi llegada.

Amarte. Morirte. Regresarte

I

Quiero apartar el mar entre la niebla
y tumbar mis manos frías en las hojas ya caídas.
Son once los vientos que me buscan
en un invierno escondido bajo tus muslos.

Quiero mamar la luz de tus cabellos,
enredados bajo llantos de chiquillas asustadas.
Así mi voz se empapa en el recuerdo húmedo
de los corazones blanquecinos,
cuando la mar rompía
los suspiros
del peso de tu cuerpo
en las caricias de la arena.

No son el mar.
No son la arena seca.
Porque tu voz esconde en el romper de cada ola
los sentimientos amargos del ser llanto,
del ser agua, sal, dolor
y tierra. Como huellas que devora el mar
sin pena alguna.

Quiero llorarte cada noche eterna
y escuchar, sin fin, tus caricias
en mi cuerpo y en este dolor tan profundo
que me besa.

II

El susurro de los árboles me habla de tu muerte.
Formas inmóviles luchan.

¿Morirás conmigo una tarde como ésta?
No sé donde acaba aquel destino,
pero lloraremos sangre de amapolas
en el dulce dolor del último ciervo de la tarde.

III

Me descubro muriendo entre tus brazos.
Ahora, las hojas caen y mi vida se ha perdido,
como se pierde esa brisa llena de recuerdos
que acaricia tu rostro las tardes de otoño.

Pienso sobre ti y sobre mí.
Creo que tus manos rígidas
se llevaron gran parte de mis cabellos
hacia ese lugar en la memoria que llora bajo el rocío.

Cuando la lluvia moje mi carne seca
descubriré dónde mi dolor duerme.

Necesito abrir ese camino entre la lluvia
que me lleve a una búsqueda eterna.
Todo lo que tengo retorna en un espejo frío
sin otra ayuda que la hierba creciendo sobre mis sábanas.
¿Y tú, dónde estás? Porque no te siento.
Mi corazón ha perdido sus latidos
en una búsqueda salvaje... Agoniza agotado
sin tu encuentro.

Pienso que el tiempo corta mis hombros;
pero mi sangre ya no es sangre,
sino tierra helada que llora por mis miedos.

IV

Sentir tu cuerpo bajo la oscuridad
y regresar al corazón del miedo, del dolor,
donde el presente besa la voz de tus mejillas,
o tu vientre pálido florece entre los pájaros que emigran.
¿Y yo? Aletargado en sueños infinitos.

Si pudiera regresarte,
mi mirada buscaría el amor bajo la noche y el silencio.
Porque ahora me estoy muriendo entre tus brazos,
y sólo espero volver a amarte,
volver a encontrarte,
en algún lugar maldito.

V

El mal retornará
ciego de tormenta cada noche,
mientras miras la verdad de tu cuerpo inmóvil
morir entre líneas de seco asfalto.

Nidos de mirlos, corderos mutilados y esos pájaros sin nombre.
Llaman una, otra vez.
Nadie responde.

La frialdad de la tierra
no encuentra su veneno sin el color último
de una belleza horrenda de luz maldita.

Responden sin consuelo
como gotas de marfil bruto
arrancado del pecho de una virgen.
También se llevaron el espíritu que rozaba su cabeza
y el hombre de alambre que habitaba en uno de sus ojos.

Hay en esta incomprensión
la delicadeza del vagar en la espesura
que lleva de tus manos
la aurora destilada.

VI

Otra vez soy asesinado por las sombras que anteceden a la lluvia;
y otra vez asesino con mi silencio
las runas que habitan en los pilares alineados del templo oscuro.

Son ya miles de sigilosos siglos los que mueren,
más allá de lo que yo busco o comprendo,
sin otra pasión que la que arrancó las venas de mi alma.

Mueren conmigo millones de cuervos solitarios
que volaron todos juntos sin intención alguna
hacia aquel lugar más allá de mis palabras,
donde yacen enlazados por sus picos,
y que no recuerdo nunca.

La luna deja fluir en el cielo su sangre
que embiste mi voz de dolor y mis cabellos de azúcar.

Me preguntas por ese arañazo que esconde mi piel
y que solo tu mirada de profeta alimenta amargamente.
Bien, yo te respondo; pero antes debes saber
que todo el que se cubre de lo sagrado
adquiere el color de la sal y de la muerte.

Ahora ya lo sabes,
y yo, con tu mirada de niña de ojos grandes,
atravesando la huida que añade profundidad a mi miseria,
ya puedo responderte.

VII

Bajo el acantilado
el flujo salado del amor eterno.
Nieve de voz maldita que te busca en la distancia
como te busco yo,
sediento de oscuridad y olvido.
Nada te abrazó, sino mis ojos;
mientras, en el frío momento de romper las olas,
escuchamos el canto inmortal del profeta muerto.
Y el olor del dolor me llevó a tus brazos.

Cuando habías muerto,
pude verte mirándome, alejándote por los prados hacia la montaña.

Me gusta ver tu rostro triste
porque tu belleza roza el infinito
y un encanto de dolor cansado
me acerca sin temor
al alma oscura de tu amor maldito.

Sé que te llevaste nuestro tiempo
y en secreto lo escondiste bajo la tierra húmeda.
Pero mi tiempo pasa
lleno de una sombra viva
que posee la parte de mí que tú dejaste.
No me mires blanca
desde la ventana abierta y lluvia de paisaje.

No me mires
y que nuestra soledad obtenga
los lazos fríos del mar y el tiempo.
Y que cuando habías muerto
y pude verte mirándome y alejándote por los prados,
sentí la voz reencarnada del amor eterno.
Sí, del amor eterno.

No pude saber si era nuestro,
pero tenía el mismo dolor
que me llevó a tus brazos.

La senda de las estrellas negras

I

Ayer pude ver una parte de la segunda luna que el mar esconde.
Creo que pude oler su piel de mujer
y tocar la curva herida de su visión marchita.

Pero todo fue ayer,
donde la hierba muere verde
y las luces de la visión del tiempo
son aguas que jamás vuelven.

Ayer.
Ayer de suelo mudo.
Ayer.
Ayer.
Fue ayer,
cuando nos consumíamos en el aceite
que sangraba en el crepúsculo de las piedras
y que nuestra piel fundida sangraba.
Porque hoy todo se echa a volar
hacia otro lugar seguro.

Sé que tú también viste la segunda luna.
No la llamaste y lloraste amargamente.
Pero la segunda luna no volverá a nosotros
y sólo podemos correr desnudos entre los toros
bajo la luz mortecina que la luna llora
en las noches que las cigüeñas
tomen de nuestros labios
el suave arrullo de las alondras.

II

En el horizonte de sombras vivo,
he visto besarse nuestro dolor desnudo
bajo la mirada alejada de los halcones.
Y aquel rumor de caballos en la noche
que escondía nuestros nombres pálidos
en la tierna hierba. Y aquel silencio
que mordía nuestros corazones
cuando las colinas abrieron sus largas manos
a las huellas
que habíamos dejado inmóviles
en la aurora boreal que nace de la caricia de tu luna negra.

He vivido durante siglos
para cruzar esa caricia de dos gotas de sangre.
Pero es el sonido de mi propia voz el que debe gritarme
lo que seré, lo que fui, lo que he sido
sin ti durante estas largas lagunas de tiempo.
Veo tu respuesta
hiriendo mi verdad
en aquellos siete versos que te escribí mañana.

Lloro mi palabra en los bosques del olvido.
Acerco tu muslo a la nieve.
Tomo nuestra oración hacia la cruz de hierro
que preside lo más escarpado de la colina.

III

Ambos lloramos la semilla de silencio
que nuestros nombres robaron al besarse.
Ahora hay voces lejanas que son tuyas
y que yo miro en el interior avergonzado del árbol muerto.
Pero yo, y tú, asesinados dentro de las infinitas luces
que rompen la noche con el miedo de las amapolas,
escondemos con lamentos
el sonido invisible de la montaña herida.

Diste forma
a la pena del cabello;
la pusiste en la tierra sagrada.
También llevé tu signo de mujer
al desnudo pausado que existe en la colina.
Y una y otra vez
escuchamos el temblor oscuro
que gritan los pájaros que no pudieron morir nunca.
Porque somos espías de los sauces ocultos
y vagamos con el amor que sangra las raíces de la soledad eterna.

Quizás el viento llueva lágrimas en el invierno indio.

Aquello que ambos vimos perderse en la distancia
no era el pedazo de pasado que enterramos bajo piedras
ni el rumor del agua del arroyo en la distancia
ni el colmillo de una estrella,
ni tan siquiera el último rayo azulado que nos dejó el sol negro.

Aquello que ambos vimos
perderse como un rastro de respiraciones sobre el polvo,
no era sino la silueta opaca de un lamento
o el bajo aroma del deseo
de la hierba que mama del espíritu del búfalo.

En una lengua olvidada,
reposan, por siempre, nuestros nombres en secreto.
La luna afila la belleza
de los pétalos libres de las sombras.
El canto de la tormenta

que te regresa alada entre los cachorros
a mi tristeza humana.
Por eso llevo tu sangre profunda
en el significado de las estrellas.

Quizás el viento llueva lágrimas en el invierno indio.

Toda tú conociste
las tres caricias que murmuran las hojas de los álamos.
Yo estuve en tu cuello,
atado a la voluntad crepuscular de tu destino,
sin preguntar nada,
esperando al ángel caído de la madrugada
que habitaba dentro de tu muslo.

¡Descubro, grito, aparto!
Corro a través de las colinas.
Lleno mi palabra inefable con tus ojos
y enfrento mi rostro perdido al espejo que llora tu alma.
¡Soy el mismo que esculpió tu mano en el agua inmortal que nuestro dolor
bebe!

Hay una voz y una flecha
clavadas bajo la piel del instinto mismo.
Añoro la soledad con que la tierra devora mi esperanza
antes de que tu color se fuese.

¡No quiero ver el día de mi muerte
en esta hoguera! Quiero sentir tu corazón
latiendo con fuerza sobre el mío.
¡Que nos una la savia del llanto de mi Dios!
¡Que nos dé el momento de aquel ciervo!
O que aparte sin miedo la razón
que me lleva con tus ojos al silencio.

Me acerco al invierno indio
con miedo de ti, estremecida en la brisa pálida
que te aleje de los nidos del cuervo
y de un hilo que te busca vacío,
como yo, en los pulmones del caballo salvaje.

Quizás el viento muera conmigo en el invierno indio.

Veo que ya no siento el dolor, allá hacia el norte,
y que mis huellas permanecen cansadas en el este.
En el oeste muero, atardeciendo entre las ramas de los árboles,
y en el sur tumbo las criaturas que hice vivas.

Porque todo cambia su nombre
y tú no existes fuera de mí,
fuera del humo helado,
fuera del cascabel de huesos de águila.
Y yo cambiaré mi nombre,
que ya era tuyo, y que fue tuyo,
y que será, con la duda, de tu noche.

Me he descubierto en la pradera
gritando tu nombre bajo los aullidos de los lobos,
bajo los graznidos de las nubes
y los cánticos asustados de la luna.
Quise ver tu vientre en la tierra oscura
y un rumor desconocido me cortó las manos;
mi sangre brotó de mi alma herida.
Y lloré amargamente.

Ahora,
en la penumbra de semilla que recuerda,
todo adquiere el matiz que da el invierno indio,
cercano, desde mis latidos, a los nombres sagrados
que ambos juramos esconder en las palabras
de una lengua olvidada que no existe.
Allí permanecerán eternos.

Es así, que todas las formas vagan esta noche,
entre las danzas primitivas que recoge la tierra.
Ambos perdidos en la hoguera
nos encontramos un momento débil
que tiende a quebrarse por el peso de nuestras almas.
Las voces te traen esta noche...

*Y el viento me lleve a tus brazos
más allá del invierno indio.*

IV

Te amé bajo el azul de las estrellas negras,
y tu piel de almendro partió hacia la luna.
Sorprendí tu cuerpo marítimo, tus ojos terrestres.
Yo te amé igual que se aman los suspiros en la noche,
como voces lejanas en infinitos compartidos.
Soy aquello que recuerdas.

Te amé, aunque ángeles nevaron plumas blancas
de un cristal desconocido, porque tú eras salvaje.
Descubriré en tus dedos el andar del tiempo en cada libro;
descubriré el testimonio inscrito en los sótanos de las casas apartadas,
de los desvanes polvorientos que evocan los ríos oscuros del olvido.

Lanzas con tu vida
lugares de preludios
donde mi vagar descansa. Son deseos
escurridizos de olores y de llantos,
de lánguidas caricias consumadas
ante la silenciosa sombra de mi aire.

Más allá del ofuscado sueño destruido por la lluvia,
cientos de estrellas invisibles mordieron aromas blancos.

Alguien persigue los toros bajo la luz de la luna,
atando pieles negras, astas blancas, helando los mugidos mudos;
porque las estrellas negras no hablan jamás de lo ya dicho.
Su lenguaje es capaz de abrazar la muerte de un niño,
las siluetas oscuras de los personajes de cuentos inacabados.

Todo ocurre en mi memoria; nunca olvidaré tu cuerpo
de plumas de paloma y carne, carne eterna
que susurra secretos a mis manos.
Yo te amé.

Yo te amo,
desnudo, sin el aturdido doblez de la delicadeza
que puso aquel antepasado en su jardín humano.
Sí, por eso, por tu rodar frío en los latidos,
esa piel de leche viva nacida del seno de la luna;
luna grande que soñé una vez cuando era niño.

No busques mi rostro en la alameda,
porque todo cambiará su nombre bajo el viento.
Desde allí, tumbada en la fresca hierba y el barro,
verás, en el cielo, canciones olvidadas sobre atardeceres,
mansiones sin memoria y juegos no inventados.
Después, cuando veas la cara oculta de la muerte,
sabrás que soy azul, y que te amo.
Igual que te amaré en siglos ya pasados que no recuerdas.

No llegarás a comprender mi amor
y tu respiración desaparecerá inexistente,
las estrellas negras seguirán hablando,
pero tu anochecer se vestirá de otros paisajes,
de otros matices ya desconocidos.

Te amé, sin ayer ni ahora, sin mañana,
bajo el azul de las estrellas negras.

Viento del norte

Lágrimas en el atardecer

I

Y el amor
que destruía los gemidos del mar
y lo dejó tranquilo, bajo un cielo gris
de nubes inmensas;
y lo dejó perdido;
y lo dejó sumido en la tristeza.

Quedan cenizas de nieve negra arañando la superficie.
Yo me alzo con las olas.
La espuma me roba el alma.

II

No me hables
en la tarde que muerde el ala del vencejo
con viento y tormenta y cielo amargo.
Ya no hay río en nuestras vidas,
que no son sino ascuas apagadas
borrando el nombre a nuestro recuerdo.

Tú ya no existes,
yo vago en el libro oscuro
como el dulce cansancio de tus ojos,
y ninguna hierba germina en tu vientre
ni el dolor es el ciego rumor de la belleza.
Sólo somos tú y yo, mirando sin rostro
a ese juguete salpicado de sangre.

Eres la víctima de mi silencio.

He visto el muro de cadáveres
mientras pensaba que eras tú uno de ellos,
o acaso era yo el espejo de carne pálida,
rígida, sin más aire que el olor putrefacto
que sale de nuestros cuerpos inertes.

Después todo se perdió en una cortina de vacío.
Tú no regresaste nunca, ni yo tampoco lo hice.
Ambos sabemos más adelante que la muerte nos llevará
a infiernos muy distintos.

III

Eternidad
es una palabra amarga;
es algo que no llego a comprender.
Algo que me recuerda tus manos de inocencia.

Pasado
abre ante los caminos de la memoria
el sueño de nubes mordidas, infinitas.
Mundos solitarios retoman sus paisajes.

En la voluntad del triste encuentro,
dos palomas negras regresan sin mensaje alguno.
Dos niñas bajan a por agua al pueblo,
y, en la ciudad, con el atardecer, la gente abandona el parque.
Todo vuelve a su origen.

Dos mujeres conocen el pasado de barro.
Quizás lo conocían antes de que tú nacieses.

Con la noche, en la distancia,
supongo que se verán luces en las ventanas
y siluetas oscuras alargadas frente a la luna que mengua.
Yo no ando; me diluyo entre estos versos
que ya no me dicen nada...

IV

Lluevo en lágrimas de terciopelo,
y el azul es mi color preferido.

Lluevo sobre el mundo, silencioso, consumido,
consumiendo las formas abiertas de los árboles desnudos.
Las hojas, sobre los charcos, mueren.
Nadie buscará su corazón en lo más profundo de la noche;
en esa noche que se cierra en los suspiros apagados del tiempo.
No llorarán los pálidos gemidos
que el viento me robó un atardecer de cielo esmeralda,
cuando mis alas tomaron rostros de mujeres;
mis ojos se cerraron al infinito.

Aquello arranca lágrimas de terciopelo
bajo los eternos azules de los sueños.

No lluevas bajo el cielo triste de la tarde,
con sombras alargadas y mirada suspendida.
No lluevas por aquellos que otros lloran.
No lluevas bajo el silencio de la rosa negra.

Nadie lloró por aquellas sonrisas que partieron
las almas de los pájaros que no emigran.
Nadie lloró cuando la luna dejó caer sus venas
como redes incoloras en el mar oscuro de la noche.
Nadie lloró por la vieja caja de cerillas
ni por una foto con la esquina rota.
Nadie lloró por eso. Y no llorarás tú.
No creo que sepas a lo que me refiero;
no te preocupes, da lo mismo.

Lluevo.

Lluevo sobre aquel sueño que tuve una vez
cuando era niño. Lluevo sobre otros brazos,
sobre otras gentes, y la pequeña estrella
cruza los charcos sobre la lluvia.
Lluevo sobre el beso interminable de la vida,
aquella fuente de tus labios en la noche
cuando el dolor era cristalino y el amor...
Nunca.

Un soplo del espíritu sobre la lluvia;
los cristales se cubren y una vida se escapa.
Tres trozos de papel que recuerdan.

Lluevo, abriendo mi corazón a un nuevo dolor,
a una nueva lágrima de terciopelo azul.

La Bestia

I

Nadie llora por los asesinos
que enterraron sus cadáveres en el bosque.
Sí, es allí donde conocí la crianza inexplicable de tu mirada
bajo el agua obscena que cubría los lindes del pantano.
No esperaré al invierno,
por mucho que nazcas o llores
o muerdas las costuras que no serán bordadas;
al igual que los abetos que fueron padres de tus rizos
y mudos confesores de tus ruegos.

II

Ciego de venganza, al norte, más allá de las colinas.
Anhelo la esperanza de la muerte que se esconde,
que se pierde bajo la sangre de la tierra.
Yo la siento latir bajo la piel desnuda,
lo mismo que mi voz se confunde entre la niebla.

Me detengo en los caminos muertos
después de haber atravesado aldeas destruidas.
Y mi dolor, el mismo dolor de la tierra toda,
como un canto indefinible me separa.
No hay motivo alguno en el lugar antiguo,
sino el antiguo viento.

Debo arrastrar cadenas oxidadas como huesos,
antes de que el olor de los espinos me robe los cuervos,
la sombra de una vela o un reloj de arena vivo.

Un feo verso que no recuerdo.
Pero aquí la primavera no existe, ni nadie oyó jamás
el canto de los pájaros. El inefable secreto consumido.

Un amuleto lleva mi inicial inscrita,
y solo le pido a Dios que no pierda nunca su sentido.

Antes de que la oscuridad se haga total,
debo llegar a la encrucijada
para rezar una última oración
a la cruz enorme de granito,
donde yace un extranjero.

III

Hogueras hablan en la noche.
Héroes sombríos de leyendas silenciosas.
En la desnuda oscuridad puede oírse el sonido del arroyo
y el viento que arremete con fuerza en la espesura.
Luna negra. Y en las hogueras de la noche,
los hombres hablan con el miedo.

Montañas sombrías por el encadenado llanto.
Sendas estrechas que pierden su recuerdo en la distancia.
El maleficio se forja en los dialectos de las cuevas,
bajo el olor a azufre de los ojos inyectados.
Arañas devorando siluetas de calcio. Y el odio
parte sin temor en humo amargo.

Fantasmas atraviesan firmamentos incoloros;
regresan con las garras de la muerte clavadas en el cuello.
La noche respira jadeante. Y el arroyo,
con destellos de cadáver, sangra en sueños.
Olores de rencor, de mujer sin esperanza.

IV

El primigenio murió a manos de su hermano.
Muchos lloraron la muerte; pero fue por miedo.
El silencio fue tomando los bosques y la tierra murmuraba
profecías glaciares en las hojas de los árboles.
La madre reconoció en la mirada absorta del cadáver
las huellas de la furia de su hijo.
Todos callaron. Todos guardaron el secreto.

El lobisón permanecía sumergido en el alma de aquel hermano asesino.
Su mirada fría mostraba en su brillo arcano
el fuego salvaje de la bestia.

V

Lobisón

Yo he sentido el viento de la estepa clavar sus ojos en mis huesos.
Yo he atravesado bosques de nieve en busca de la llamada del invierno.
Yo he alcanzado en mi aullido salvaje el dolor eterno,
he sido herido por cicatrices de osos muertos
y he clavado mi olfato en la sangre de la presa.
Yo he visto el llanto en la leche de la loba,
y el temor en los ojos de los ciervos.
Yo he alimentado mi sufrimiento como sacrificio al dios de la tormenta y de
la nieve.

Yo, que me guío por la niebla
o hablo mis pesares con la luna.

*Porque yo soy el séptimo hijo de un séptimo hijo
y conozco la sed de sangre.*

Yo soy la manada,
pero cuando la carne me alimenta, no existe el hambre
que tantas otras veces quiso destruir mi alma.
Yo sé lo que soy,
y lo que llegará a destruirme.
El olor del hombre me perturba.

*Yo soy el séptimo hijo;
sin embargo, no soy el devorador de almas.*

¿Cómo destruir el latido milenario de mi cuerpo?
Aquello que despedacé furioso con mil colmillos la otra noche,
no era sino un conejo inmaculado sobre el silencio del hielo.
La muerte me acompaña, y yo he vivido.
En mi cuello no existe la cadena ni el odio
ni la sombra del atroz enemigo que me persigue;
Yo solo soy la bestia.
La bestia que sufre, que da cobijo a cachorros indefensos,
porque morimos heridos sin otro consuelo que la manada
y nuestra carrera es incansable.

*Yo soy el séptimo hijo,
que desaparece cada noche bajo los fuegos fatuos de las hogueras fantasmas.*

Mi reino araña comienzos de nubes y de estrellas
en los límites de la frontera del deshielo.
Mi destino está unido al de los antiquísimos abetos
y al frío dolor de la savia de la tierra.
Mi destino
es tu muerte.

Yo.
Yo.
*Soy el séptimo hijo de un séptimo hijo;
conozco la sed de sangre.
Mi aullido hace sangrar el terror en las entrañas de las almas...
En las entrañas de la tierra.*

VI

Se esconde tras el silencio de los muros
como la voz doliente que rechaza el llanto de las acacias.
Entre la niebla baja, oculto queda mi nombre en el laberinto ciego.
Allí no existe el retorno.

Abre la oscuridad insistentemente
en aullidos provocados de delirios.
Una caída inesperada bajo ningún canto.
El gorrión espera en cada rama
la profecía oculta de la sangre,
donde la viuda se entregue virgen al espejo
y la verdad de mi poema no prevalezca.

De aquellos, ninguno encontró el odio
porque ambos hicieron cortes en sus manos;
al ver la sangre sintieron el delito
que las sombras penetraron en las runas.

*La semilla cuaja en la tierra
bajo el lado oscuro de los siglos.*

VII

Lo he visto vagar por las colinas
con fuego en los ojos y siguiendo el rastro de la sangre.
Es un ser prisionero de sí mismo.
Su furia es impensable.
Yo lo he visto; no puedo olvidarlo.

Bosques ocultos en nieve eterna,
consumidos en las cenizas del olvido.
Arroyo que cruza el valle de los cuervos.
Vientos rasgados de renuncia. Abetos solitarios
y un destino que se clava en las cortezas.
Caminos que no han sido descifrados,
ni lo serán nunca. Voces de inmortalidad;
voces de muerte donde la llamada lleva
el dolor agónico del silencio de la noche.
La luna se refleja sobre el lago.

Puedes oír el aullido del hombre
cubrir la pena del llanto del lobo.
Puedes oír el fuego que corre en sus huellas
apartadas de sí mismo cavadas en la nieve.
Para él, el único alivio es la sangre.

La bestia existe en la montaña.

Condenado a la soledad eterna.
Condenado a la venganza eterna.
Condenado al olvido sin vida y sin muerte.
Todo se aparta de su mirada gélida
y de sus latidos.

Espíritus de tormenta me acercan sus aullidos...

VIII

Arde en mi oscuridad un sentimiento extraño,
nacido del deseo y de la nada.
Herido, el rostro de la noche hunde sus raíces en las sombras
y la tarde añade lo imperfecto al grito del ser viviente.
El trueno de la oración vuelve ajeno
porque el sombrío bosque muere,
porque las cenizas han sido arrancadas del corazón del hombre.
El santuario de la colina custodia los nombres arcanos.

Hubo un hombre con una herida de daga en el pecho.
Si conociese la senda que atravesaba lo desconocido
y el calor humano sembrase luz en la tormenta,
la eternidad se mostraría sigilosa en nuestras manos.
Oler la muerte bajo la mirada asustada de los gatos negros.
Dentro de la piel emerge la llamada de la bestia.

El veneno tomó mi sangre.
Soy vehemente contra la maldición.
La puerta del dolor descubre mi silencio.

Hacia el dolor de los almendros

I

Un almendro no nace,
y mi corazón esconde la luna bajo sus pétalos
blancos como lágrimas de sirenas cristalinas.

Un almendro no nace
porque bajo mi pasión existe la llama
que enciende el doble filo de la tormenta.

Y hay silencio
en la marea blanda.
Y mi voz recorre
la mañana.

Cristaleras de pergamino
cambian la luz y tus ojos se sumergen
en el cántico lejano de los sueños.

Un amor vuelve del camino...
Yo espero.

II

La ciudad asesina.
Ríos que conducen el silencio perpetuo se desvanecen.
Nada llega desde el mármol al gemido,
cuando el ciego nevar toma su nombre
y la sombra cruzada en el azar extiende su secreto.

El dolor abarca todo.
Conoces el sentido de ese mirar atormentado;
nunca será donde la sangre ha sido.
Surco tus recuerdos, bordeo tu pasado, sondeo tu destino;
limito un yo a tus palabras.
Es la muerte que llama con ojos dulces.
Sabes que me lleva, que me guía en blandos sueños.
No quiero recordar el nombre de tu nombre.
Eso es así. El círculo se cierra.
Mares de sombras retornan
desde la catedral siniestra.
Llamas, lagos de cánticos perturbados
en el paso de los puentes del olvido.
Mi silencio se funde entre la niebla,
entre la niebla de aquellos que murieron con el corazón vacío.

Hacia el dolor de los almendros .

Mi dolor, en la tarde, toma tu nombre.
Toma forma de poema y renace en las palabras.
Yo vi la vida escrita en verso, sin cristales ni cenizas;
solo sueños de caballos cruzando la noche
y tres borrachos jugando a las cartas sobre un charco
que robó el rostro de espejo de la nube malva.
El cielo del atardecer retorna nublado a las praderas.
¡Yo grito tu vida escrita en verso!

Hacia el dolor de los almendros .

Hojas sueltas que buscan en remolinos
su vacío. Ese vacío que entre sus manos salva mi pasado
sin que nadie rompa del ocaso la agonía atormentada.
Mis ojos escuchan a los árboles contar canciones milenarias,
canciones malditas de secretos boreales.
¿Y yo? Yo no sé dónde me pierdo,

dónde me busco; y donde nunca me encuentro.
Mis huellas toman forma de escorpiones.

Hacia el dolor de los almendros.

Recordaré.

Cruzando el límite volveré a ti,
a través de la encrucijada, cubierto de sangre.

Un llanto de voces en la niebla.
Un aullido de dioses atrapa los caminos.
Corre sin descanso, como espadas asustadas en reflejo,
atraviesa el monte y adéntrate en el bosque de los olivos.
Pinos gigantes arañan la montaña, flores de granito,
gritos de espíritus que tiemblan al guerrero.
Llamas azules arrasan las canciones sin espera.
No pares nunca a contemplarlo, y avanza,
avanza sin descanso a la orilla opuesta del río del olvido.
Vagando sin rumbo hacia lo oscuro;
siente el miedo a la oscuridad. Más allá,
más allá del norte, arranca la daga de tu vientre.

Conocí, bajo la llamada del viejo camino del pueblo,
la felicidad amarga que brota del arrollo eterno,
escuchando el llanto que emana de las lágrimas de los árboles.
El son apagado de la lluvia suena en tus cristales.
Conocí el dolor.

El árbol que cubre el cielo, bajo las nubes grises,
solitario, en el recodo del lago, esconde mi secreto.
El horizonte nublado mostró su herida milenaria.
Mientras, sin rencor, el cisne que espera la muerte
surca el agua plateada.

Conocí, en el último tramo del camino del bosque,
una espesura de árboles blancos que cubrían con sus hojas la tierra.
Grité mi nombre, que apenas recordaba, y escuché las voces del viento
atravesando sus ramas, penetrando en la savia bajo sus cortezas.
Almendros immaculados que nevaban en pétalos immaculados de dolor vivo,
desangrándose en llamas eternas, cristalinas.

"¿Por qué las voces de sangre anohecen en la niebla?",
preguntaron.

Llegaron lejanos aullidos a mi silencio.

Hacia el dolor de los almendros .

Un verso, dos palabras, un beso.
Un verso, dos palabras, silencio.

Hacia el dolor de los almendros.

Los cánticos que lloran otros tiempos
sumergen sus raíces en tu pecho.
El lugar altivo, el lugar siniestro.
El lugar del dulce compañero,
donde los dos son uno, y uno...

Siento.

Los cánticos que lloran otros tiempos
sumergen sus raíces en tu pecho.
Lo oscuro y lo claro.
La vida y el silencio.
El amor guarda su nombre...

Siento.

Un verso, dos palabras, un beso.
Un verso, dos palabras, silencio.

Hacia el dolor de los almendros.

La noche gime su horizonte en formas borrosas.
Burbujas de sombras eternas; manzanas separadas
que con cálida suavidad fallecen.
No existe otro dolor que sentir tu llama lejos.
El océano se abre entre susurros interminables.
Llueven pétalos de almendros en silencio.

Morir en brazos de la noche
con este sencillo llanto.

Y siento el suspiro de tu alma en mi semblante.
Callado, alargo mi mirada al infinito;
me recuerdo en el futuro como ciego.
Escucho el temblar de las estrellas negras.
Tu piel lleva mi espíritu salvaje a tus paisajes,
donde la vida se funde en olores de terciopelo.

En la noche, entre mis brazos,
bajo el cobijo de las estrellas negras,
vemos al viento arrastrando pétalos de almendros vivos,
plumas de ángeles y llantos de viajeros.
Nadie mirará nuestras formas fluidas fundidas en la lluvia.
La oscuridad cubrirá con nieve negra un beso de silencio.
Nada es salvo aquello que los dos perdimos.

Hacia el dolor de los almendros.

Viento del Oeste

La entrega

I

Me preguntas si aquel viento viene para matarte.
Yo miro al norte y sonrío
y me digo que si estuvieses viva,
me moriría contigo.

II

No daré mi voz al viento
ni me convertiré en paloma.
No daré el calor de mi piel al olor de la lluvia.
Hay silencio en la escalera
que sube, entre penumbra,
al dolor blanco de la muerte.

Alguien llora,
y yo no entiendo.
Sus voces se escapan en pasillos infinitos
donde las paredes son húmedas por el vacío.

Puede haber gritos sellados en las puertas
o puede encontrarse un gran pergamino con letras arrancadas.
Pero no existe la mentira inefable del ser
ante los ojos de cartón de los niños ciegos.

Los tres horizontes rojizos
escondidos por tres soles
van marcando la sangre de la cuneta
mientras al interior del mar
llega la noche.

No habrá esta vez el suspiro de la mujer bella
ni la piel blanquecina de la joven que no vive.
Un olor a perfume se extiende
por la estancia, por mi voz, por mi poema,
por mi vida y por mi muerte.

III

Quiero sumergir el rostro de mi alma en la quietud
ramificada de los últimos horizontes verdes,
antes de que los lugares dejen de ser apartados.
La primavera alimentó su sangre con mi aliento.
No supe enfrentarme a los pecados de las nubes
y el sol, humano, se vació en sombras.
Todo tomó su nombre, y yo, como alma extraña,
me perdí buscando aquel viejo recodo de la carretera.

IV

Solo vi su sangre negra,
invisible remontar los montes
mientras sus dos madres lloraban
en penas de azul remoto.

Ya no será más que ayer,
y alzando sus dedos lisos
recordaron.

La hierba del cementerio

I

Atravesando la verdad a través de la hierba.
Las sombras de los árboles se mueven; busco un camino
donde las hojas secas permanezcan verdes, infinitas.
Ondulan, entre los pájaros que emigran, nubes grises.
Sin tiempo, la luz filtrada permanece.
Apartan de mí la lucha de la soledad
bajo miradas asustadas de los viejos panteones.
Aquí no hay cruces de mármol ni tumbas con margaritas,
todo se extiende en sonidos pardos bajo los cipreses,
entre la sangre invisible de los manantiales de los muertos.
Aquí todas las cruces son de granito arañado por el tiempo
y sólo algunas tumbas tienen ramilletes de flores sencillas.
Las rosas existen para cubrir el arco de hierro de la entrada,
un hierro negruzco que acoge las rosas blancas.

II

El tiempo bebió la esencia de mi sangre negra.
Alguien dejó una rosa blanca sobre el frío de mi tumba;
yo ya no estaba, pero sentí el aroma de la muerte.
Sí, el tiempo. Yo era en el otro lado.

Desde mi silencio veo la nieve del cementerio.
Llantos apagados con lágrimas de tristeza infinita.
Y esta vez no fue ella la que clavaba besos
en el pecho sosegado del otoño de los siglos.
Tú la miraste pensativo,
y yo moría.

III

Un ocaso de belleza y muerte
puede verse sobre el puente que cruza el río.
No creo que exista nada más,
sólo esta tarde.

Hay nubes
y un silencio rodeado por los trinos de los pájaros.
Colores tenues.

Sobre el río no puedo ver mis rostros;
sin embargo, sí veo el rostro inefable de todos los ahogados.
No me causa miedo,
y su dolor
es mi dolor.

Yo no decidí llorar. Y lloro
Yo no decidí amar. Y amo.
Yo no decidí vivir.

Veo como todas estas palabras se amontonan
para alcanzar un sentido entre mis manos,
siempre vacías.

No requiere este poema más palabras,
sino una muerte digna,
con la belleza que cubre, en esta tarde, el cielo;
con la muerte que llama a su creador
antes de la llegada de las sombras.

IV

El amor, el dolor, no se esconden en el corazón del hombre.
Ambos habitan en las manos de los ciegos,
en el llanto del cachorro de la loba.
Sé que tu silencio abre la oscuridad de un extraño mundo
donde el fuego se enciende sin recuerdos
y la luz no existe fuera de sí misma.

Penitencias, columnas talladas por el lago,
profundidades de llantos.
Dentro de la sima del dolor, el ambiente duplica sus imágenes.
¿Acaso son las huellas marcadas en mi espalda su sendero?
Pero la oscuridad me abraza.
Tú entraste en la mina abandonada
para ver cómo morían en las rocas las flores blanquecinas;
oíste los sonidos impensables de aquellas vidas
que fueron condenadas desde el principio.
¿Qué significó entonces la inscripción de tu frente?
El agua no pudo borrarla. Sólo tú supiste,
sólo tú aguardaste cerca del arroyo.
Embriagado viste los duendes que tocaban la madera,
y yo gritaba.

Ahora puedo ver la lluvia cayendo lentamente sobre la hierba,
y la espesa niebla gris baja al valle desde las montañas.
Quizás, si lo descubro, volveré a atravesar el bosque de almendros
y a llorar en el camino de cipreses...
Cuando vuelva a ver mi rostro reflejado sobre el río.

El Fin

I

Nubes enfurecidas cruzan velozmente el cielo.
Grisés y verdes intensos cubren mis paisajes,
mis ciudades, mis manos asustadas.
Una luna sangrienta mengua hacia mi muerte.

*Huellas caen sobre mí,
atrapado en la profundidad de mi espíritu maldito.*

Algo sucede en la savia de los árboles dormidos.
Se acerca desde las simas arrugadas en la historia,
más allá de los manantiales de mercurio
o de los últimos lobos hambrientos.
Veo doscientas golondrinas muertas emigrar,
no sé adonde,
en busca del olvido que paralice sus alas,
sus picos de granito, sus vientres de mármol. Y allí,
donde la llanura cede al límite del cementerio indio,
me veo llorando sin consuelo,
esperando la llegada de la lluvia.

*Huellas caen sobre mí,
atrapado en la profundidad de mi espíritu maldito.*

La tierra atrapa mis piernas
y aúllo por salir del fuego y volver a la carne.
Pero mi dolor crece con los latidos de mi pecho
y mi sangre se consume ante mis ojos.
La luna bebe de mi vida.
La muerte nunca espera.

II

Cada buscador de marfil encontró una calavera blanca
que puso sobre sus rodillas.
Pero nadie llegó nunca a ningún lugar.

Tres veces soñé con un caballo blanco
que me arrancaba con su boca las espinas de mi cuerpo.
La gente me miraba a la cara murmurando mi nombre antiguo
y supe que no se trataba de una caja de pinturas.
Así seguí caminando,
pero no llegué a ningún lugar.

Entre la niebla
he visto a dos ratones comiéndose mi trigo
y he sentido compasión por ellos.
Mañana el campo estará blanco por la escarcha
y en algún otro lugar sediento de amor y de dicha
un hombre llorará por el hambre del recuerdo.

III

Él se perdió en la oscuridad
mientras ella hablaba de seres sin sentido.
Aquel domingo todos los sacerdotes se negaron a dar misa
y un pescado muerto se vio en los jardines de la playa.

Nadie me recuerda,
pero es cierto. No me perdí yo,
sino que fue aquel otro de amor débil
y caricias con sufrimiento.
Sin embargo, su amor era más puro,
como sal helada que se amontona sin ruidos
en las cunetas de las carreteras.

Una culebra de mirar tranquilo quedó ciega
al ver a la luna pintarse de colores imposibles.

Algún dolor me causó,
aunque más heridas le hicieron tus palabras.
Ella se alimentaba de pergaminos
y de abrazos sin erotismo alguno.
Allí la vieron perderse también
en la oscuridad recogida del interior
con puñales de sombras en cada letra.

Y ahora y mañana y siempre después,
cuando el momento sea vertido en aquel pozo,
me dirás quién viene y quién perdura,
si toda mi sangre olvidó mi nombre.
Si seré yo quien olvide el nombre de la mujer que amo.

IV

Unidos por la sombra del vacío.
Callados en los mundos paralelos que nos han sido dados.
Intentando escuchar los últimos susurros en la oscuridad.

Ni mi soledad. Ni tu soledad tampoco.
Lo que se abre tiene que desaparecer a través del espacio del olvido,
donde cada visión adquiere un sentido diferente.
Es esta oscuridad y no otra,
es la que hace que se desvanezcan nuestras almas
desde la encrucijada del mundo perdido de los inocentes.

Y puedo escuchar los sonidos lejanos
que llegan sin fuerza desde la miseria,
que ocultan en lo eterno
los rostros tristes llegados del principio.

En el silencio.
En la promesa de las lágrimas caídas.
En la mentira que se arrastra por el tiempo.

Juntos,
llamados al misterio.

Nunca te preocupes en el paso invisible del firmamento opuesto.
Nunca alejes de tu mirada el sabor profundo del vacío.
Nunca toques en tu interior el final del abismo.
Y ahora lo comprendes.

Siento que lo que ha quedado escrito me hiere a mí mismo
y me descubre en el último suspiro de la nada.
Antes no hay yo; más allá tampoco.
Tampoco tú.
Ambos los sabemos.
Porque nuestra soledad no tiene entrañas
y se alimenta de nuestro amor
que nos susurra, sin intención alguna,
en absoluta oscuridad.

V

Cuando ya no importe
mi amor se desvanecerá entre tus dedos,
y nunca fue recuerdo ni ilusión;
nunca será más que aquella gota de sangre.

Así, las noches pasan
en esperas de mercurio y paredes perfumadas,
sin sueños, sin vida; tan solo espero
poder escuchar tu voz en el aliento de las sombras.
Hay oscuridad en la noche;
mientras, mis ojos lloran.

Cuando ya no importe,
dejarás el silencio de nuestras vidas
y yo quedaré solo.
Esta vez no habrá muerte,
sino una caricia que no existe.
Te busco en las tinieblas.
Ya nada será igual
no volveremos a ver volar los cisnes
los días nevados de invierno
ni a ver el desnudo ocaso,
ni a oler la llegada de la primavera.
Ya nunca volveré a sentir tu piel
gritar mi nombre bajo mis dedos.
Cuando ya no importe,
mis versos serán mudos y tú
te habrás ido. Quizás nunca fue
recuerdo ni ilusión, nunca será
sino lo que tú y yo cometimos un día
bajo la mirada suave de las estrellas.
Y será entonces cuando sabremos que el amor existe
y que una vez estuvimos enamorados.

Pero antes debo regresar al último camino de la colina,
antes de que el sol se ponga,
donde recibí el primer beso.
Todo perderá el valor
que tú das al corazón de mi vida...
Porque esta vez no habrá muerte
cuando ya no importe.

En el misterio,
Wam bu lí me protege y así me fue mostrado.
También he cruzado mi senda
Con todos aquellos que he sentido.
Lo sagrado, lo intemporal y eterno.
El ser vivo.
Los espíritus de las cuatro direcciones
Y de la tormenta.

Padre-Abuelo Cielo.
Madre-Abuela Tierra.

Wakan Tanka que me creas y me amas:
En ti confío, a ti te amo.

Óscar Casado Díaz

ÍNDICE

Prólogo a la segunda edición - 2 -

NO LEAS SIN LEERLO - 4 -

Hacia el dolor de los almendros

Poema 0..... - 8 -

Viento del Este

Cruz de Sangre - 11 -

Temblando en tu cuerpo..... - 16 -

Algo - 22 -

Viento del Sur

El Nombre..... - 32 -

Amarte. Morirte. Regresarte - 39 -

La senda de las estrellas negras - 46 -

Viento del norte

Lágrimas en el atardecer..... - 54 -

La Bestia - 59 -

Hacia el dolor de los almendros - 68 -

Viento del Oeste

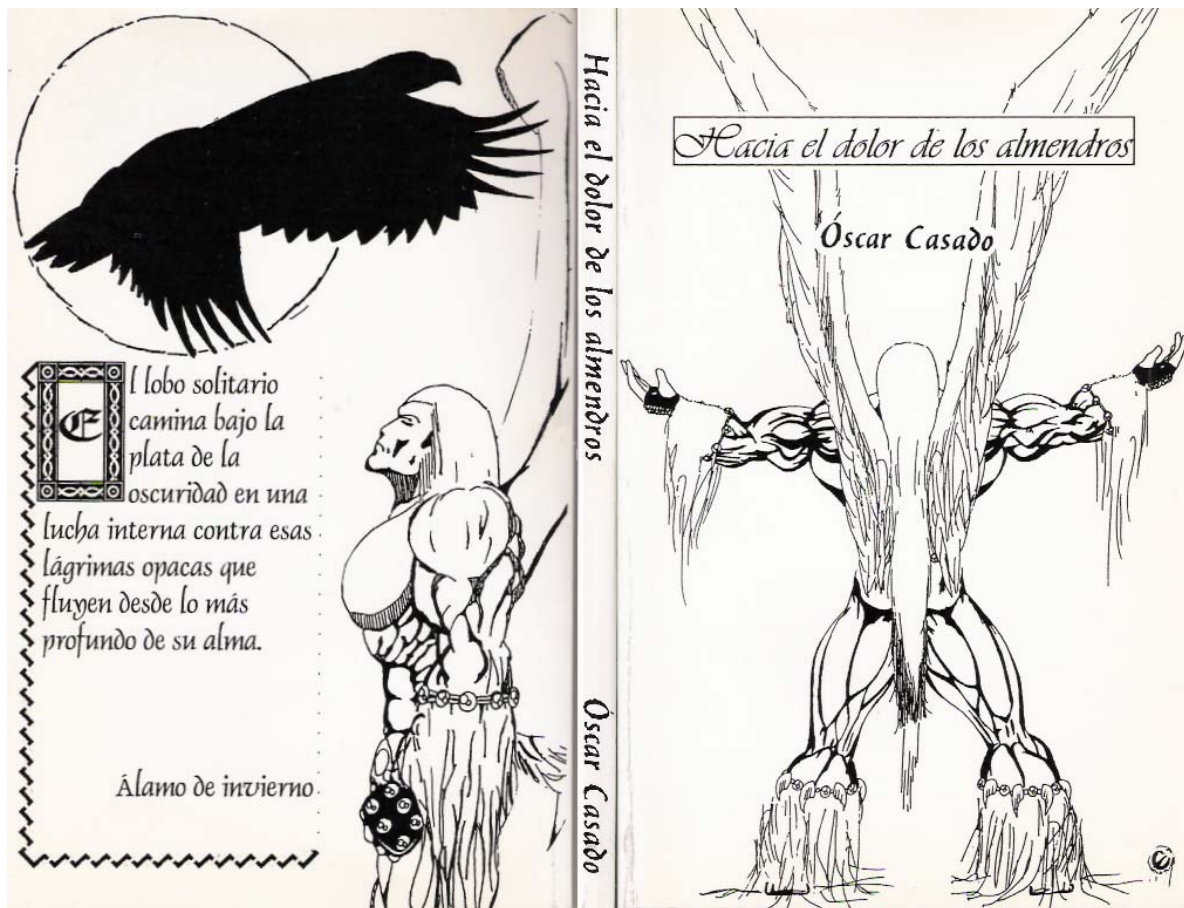
La entrega - 74 -

La hierba del cementerio - 78 -

El Fin..... - 82 -

*La edición digital de este libro fue concluida en
Madrid el día 13 de diciembre de 2008
por su autor, conservando el
texto de la edición
princeps de
1995.*





Cubierta de la primera edición (1995).

Esta obra tiene una **licencia Creative Commons** (<http://creativecommons.org/>). Eso no significa que no tenga copyright. Sin embargo, este tipo de licencia ofrece algunos derechos a terceras personas bajo ciertas condiciones. La presente obra presenta:



Reconocimiento (Attribution): El material creado por un artista puede ser distribuido, copiado y exhibido por terceras personas si se muestra en los créditos.



No Comercial (Non commercial): El material original y los trabajos derivados pueden ser distribuidos, copiados y exhibidos mientras su uso no sea comercial.



Sin Obra Derivada (No Derivate Works): El material creado por un artista puede ser distribuido, copiado y exhibido pero no se puede utilizar para crear un trabajo derivado del original.

